

## SER LUZ CON EL EJEMPLO

- Los cristianos debemos ser *sal* y *luz* en medio del mundo. El ejemplo ha de ir por delante.
- Ejemplaridad en la vida familiar, profesional, etc.
- Ejemplares en la caridad y en la templanza. Para nada sirve la sal insípida.

I. En el Evangelio de la Misa de este domingo<sup>1</sup> nos habla el Señor de nuestra responsabilidad ante el mundo: *Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo*. Y nos lo dice a cada uno, a quienes queremos ser sus discípulos.

La *sal* da sabor a los alimentos, los hace agradables, preserva de la corrupción y era un símbolo de la sabiduría divina. En el Antiguo Testamento se prescribía que todo lo que se ofreciera a Dios llevase la *sal*<sup>2</sup>, significando la voluntad del oferente de que fuera agradable. La luz es la primera obra de Dios en la creación<sup>3</sup>, y es símbolo del mismo Señor, del Cielo y de la Vida. Las tinieblas, por el contrario, significan la muerte, el infierno, el desorden y el mal.

Los discípulos de Cristo son la *sal de la tierra*: dan un sentido más alto a todos los valores humanos, evitan la corrupción, traen con sus palabras la sabiduría a los hombres. Son también *luz del mundo*, que orienta y señala el camino en medio de la oscuridad. Cuando viven según su fe, con su comportamiento *irreprochable y sencillo, brillan como luceros en el mundo*<sup>4</sup>, en medio del trabajo y de sus quehaceres, en su vida corriente. En cambio, icómo se nota cuando el cristiano no actúa en la familia, en la sociedad, en la vida pública de los pueblos! Cuando el cristiano no lleva la doctrina de Cristo allí donde se desarrolla su vida, los mismos valores humanos se vuelven insípidos, sin trascendencia alguna, y muchas veces se corrompen.

Cuando miramos a nuestro alrededor nos parece como si, en muchas ocasiones, los hombres hubieran perdido la *sal* y la *luz* de Cristo. «La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de las ideologías secularizadas, que van, desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolfica y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un "nihilismo" que desarma la voluntad para afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo»<sup>5</sup>. Hay muchos males que se derivan de «la defeción de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza el equilibrio a personas y comunidades»<sup>6</sup>. Se ha llegado a esta situación –en la que es preciso evangelizar de nuevo a Europa y al mundo<sup>7</sup>– por el cúmulo de omisiones de tantos cristianos que no han sido *sal* y *luz*, como el Señor les pedía.

Cristo nos dejó su doctrina y su vida para que los hombres encuentren sentido a su existencia y hallen la felicidad y la salvación. *No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo del celémín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa*, nos sigue diciendo el Señor en el Evangelio de la Misa. *Alumbre así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*. Y para eso es necesario, en primer lugar, el ejemplo de una vida recta, la limpieza de conducta, el ejercicio de las virtudes humanas y cristianas en la vida sencilla de todos los días. La luz, el buen ejemplo, ha de ir por delante.

II. Frente a esa marea de materialismo y de sensualidad que ahoga a los hombres, el Señor «quiere que de nuestras almas salga otra oleada –blanca y poderosa, como la diestra del Señor–, que anegue, con su pureza, la podredumbre de todo materialismo y neutralice la corrupción, que ha inundado el Orbe: a eso vienen –y a más– los hijos de Dios»<sup>8</sup>, a llevar a Cristo a tantos que conviven con nosotros, a que Dios no sea un extraño en la sociedad.

Transformaremos de verdad el mundo –comenzando por ese mundo quizá pequeño en el que se lleva a cabo nuestra actividad y en el que se despiertan nuestras ilusiones– si la enseñanza comienza con el testimonio de la vida personal: si somos ejemplares, competentes y honrados en el trabajo profesional; en la familia, dedicando a los hijos, a los padres, el tiempo que necesitan; si nos ven alegres, también en medio de la contradicción y del dolor; si somos cordiales..., «creerán a nuestras obras más que a cualquier otro discurso»<sup>9</sup> y se sentirán atraídos a la vida que muestran nuestras acciones. El ejemplo prepara la tierra en la que fructificará la palabra. Sin nada que no sea propio de cristianos corrientes, podemos mostrar lo que significa seguir de verdad al Señor en el quehacer cotidiano, como hicieron los primeros cristianos. San Pablo lo urgía así a los fieles de Éfeso: *os conjuro a que os portéis de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados*<sup>10</sup>.

Nos han de conocer como hombres y mujeres leales, sencillos, veraces, alegres, trabajadores, optimistas; nos hemos de comportar como personas que cumplen con rectitud sus deberes y que saben actuar en todo momento como hijos de Dios, que no se dejan arrastrar por cualquier corriente. La vida del cristiano constituirá entonces una señal por la que conocerán el espíritu de Cristo. Por eso, debemos preguntarnos con frecuencia en nuestra oración personal si nuestros compañeros de trabajo, nuestros familiares y amigos, al presenciar nuestras acciones, se ven movidos a glorificar a Dios, porque ven en ellas la luz de Cristo: será un buen signo de que hay luz en nosotros y no oscuridad, amor a Dios y no tibieza. «Él –nos dice el Papa Juan Pablo II– tiene necesidad de vosotros... De algún modo le prestáis vuestro rostro, vuestro corazón, toda vuestra persona, convencidos, entregados al bien de los demás, servidores fieles del Evangelio. Entonces será Jesús mismo el que quede bien; pero si fuereis flojos y viles, oscureceríais su auténtica identidad y no le haríais honor»<sup>11</sup>. No perdamos nunca de vista esta realidad: los demás han de ver a Cristo en nuestro sencillo y sereno comportamiento diario: en el trabajo, en el descanso, al recibir buenas o malas noticias, cuando hablamos o permanecemos en silencio... Y para esto es necesario seguir muy de cerca al Maestro.

III. En la *Primera lectura*<sup>12</sup>, el Profeta Isaías enumera una serie de obras de misericordia, que darán al cristiano la posibilidad de manifestar la caridad de su corazón, y que consisten en amar a los demás como nos ama el Señor<sup>13</sup>: compartir el pan y el techo, vestir al desnudo, desterrar los gestos amenazadores y las maledicciones. *Entonces –canta el Salmo responsorial– romperá tu luz como la aurora (...), brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía*<sup>14</sup>. La caridad ejercida a nuestro alrededor, en las circunstancias más diferentes, será un testimonio que atraerá a muchos a la fe de Cristo, pues Él mismo dijo: *En esto conocerán que sois mis discípulos*<sup>15</sup>. Las mismas normas corrientes de la convivencia, que para muchas personas se quedan en algo exterior y solo las practican porque hacen más fácil el trato social, para los cristianos deben ser fruto también de la caridad –de su unión con Dios, que llena de contenido sobrenatural esos gestos–, manifestación externa de aprecio y de interés. «Ahora adivino – escribe Santa Teresa de Lisieux– que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañar sus debilidades, en edificarse con sus menores virtudes; pero he aprendido especialmente que la caridad no debe quedar encerrada en el fondo del corazón, pues *no se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbré a todos los de la casa*. Me parece que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar no solo a aquellos que más quiero, sino a todos los que están en la casa»<sup>16</sup>, a toda la familia, a cada uno de los que comparten nuestro trabajo... Caridad que se manifestará en muchos casos a través de las formas usuales de la educación y de la cortesía.

Otro aspecto importante, en el que los cristianos hemos de ser esa *sal y luz* de la que nos habla el Señor, es la *templanza* y la *sobriedad*. Nuestra época «se caracteriza por la búsqueda del bienestar material a cualquier coste, y por el correspondiente olvido –mejor sería decir miedo, auténtico pavor– de todo lo que pueda causar sufrimiento. Con esta perspectiva, palabras como Dios, pecado, cruz, mortificación, vida eterna..., resultan incomprensibles para gran cantidad de personas, que desconocen su significado y su contenido»<sup>17</sup>. Por ello, es particularmente urgente dar testimonio generoso de *templanza* y de *sobriedad*, que manifiestan el señorío de los hijos de Dios, utilizando los bienes «según las necesidades y deberes, con la moderación del que los usa, y no del que los valora demasiado y se ve arrastrado por ellos»<sup>18</sup>.

Le pedimos hoy a la Virgen que sepamos ser *sal*, que impide la corrupción de las personas y de la sociedad, y *luz*, que no solo alumbrá sino que calienta, con la vida y con la palabra; que estemos siempre encendidos en el amor, no apagados; que nuestra conducta refleje con claridad el rostro amable de Jesucristo. Con la confianza que Ella nos inspira, pidamos en la intimidad de nuestro corazón: Señor Dios nuestro, tú que hiciste de tantos santos una lámpara que a la vez ilumina y da calor en medio de los hombres, concédenos caminar con ese encendido de espíritu, como *hijos de la luz*<sup>19</sup>.

**1** Mt 5, 13-16. — **2** Cfr. Lev 2, 13. — **3** Gen 1, 1-5. — **4** Cfr. Flp 2, 15. — **5** Juan Pablo II, *Discurso* 9-XI-1982. — **6** *Ibidem*. — **7** ídem, *Discurso* 11-X-1985. — **8** San Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 23. — **9** Cfr. San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre San*

*Mateo*, 15, 9. — **10** *Ef* 4, 1. — **11** Juan Pablo II, *Homilía*, 29-V-1983. — **12** *Is* 58, 7-10. — **13** Cfr. *Jn* 15, 12. — **14** Cfr. *Sal* 3, 4-5. — **15** Cfr. *Jn* 13, 35. — **16** Santa Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, IX, 24. — **17** A. del Portillo, *Carta* 25-XII-1985, n. 4. — **18** San Agustín, *Sobre las costumbres de la Iglesia católica*, 1, 21. — **19** Cfr. *Oración colecta de San Bernardo Abad*.

† Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.

**Padre Francisco Fernández Carvajal**